



Ejercicios de conciencia sobre la ley del progreso

Siempre que escuchamos la palabra "progreso" nos parece bien. El progreso debe de ser algo así como el remedio a los males presentes; aunque cierta precariedad vital se justifique en el "más vale lo malo conocido..."

Pero también es cierto que el progreso es, para casi todos nosotros, simplemente un "desarrollo técnico", o una mejora en el mal llamado y peor entendido "nivel de vida", o simplemente un aumento de confortabilidad. El primero de éstos, el desarrollo técnico, es la panacea sobre la cual nos asentamos para asentar cientos de iniquidades, a los semejantes o a la naturaleza. El segundo, es un concepto sacado de la bocamanga, en tramposa actitud, por sociólogos, economistas y geógrafos. El tercero, no más que una aspiración y una idea sajona.

Otros han creído que el progreso del espíritu humano, y otros, por el contrario, que el hombre ha sido y será siempre el mismo.

Todas estas ideas son justificables y lógicas, lo único realmente despreciable en materia de progreso, es creer en que el "progreso técnico" es el progreso humano.

Echando un vistazo al contorno, no mucho más allá de 60 kms. a la redonda, y aunque no lo parezca, descubrimos que han habido pueblos más proclives a lo largo de su historia, al progreso, y pueblos menos proclives a éste.

Manzanares ha sido un pueblo dado al progreso. Ya por su fundación sobre encrucijada de caminos y vías pecuarias, ya por su mentalidad, tal vez más predispuesta –aun dentro de las reservas del manchego– que la de sus vecinos, ya por fortuna, suerte, azar; como se quiera. Esto ha hecho que Manzanares esté siempre en el presente.

Pero Manzanares también es de los más tristes ejemplos de progreso peligroso. A este respecto, su asignatura pendiente ha sido siempre la conservación del patrimonio y el



interés por las tradiciones. Salvo la labor gratificante de algunos de sus hijos, ocupados en estos menesteres, el pasado de Manzanares se va perdiendo, se abandona. Han caído símbolos que son su idiosincrasia, que explicarían por sí solos a Manzanares mejor que mil palabras y mil libros: las posadas por ejemplo, donde abandonaron hombres y sueños miles de viajeros, y tal vez

una de las causas que expliquen el temprano apego del manzanareño a cierto progreso. O están por caer: casino, cañadas, fábrica de harinas –últimamente incluso la plaza sufre atentados "progresistas"–.



Los nuevos materiales, el PVC, los vertidos de escombros y basuras, el descuido, la ignorancia, la falta de medios, la escasa información, etc, son los grandes enemigos. Y peor aún, porque lo que realmente define a Manzanares, es haber sido incapaz de conservar incluso, y de fortalecerlos, los símbolos que representan su propio progreso, su capacidad para adentrarse en la modernidad, es más, ni haber podido reconocerlos. Citemos por ejemplo, todos aquellos elementos estéticos que se hicieron presentes con la llegada del ferrocarril: casas, paseos y caminos, a los que pertenecen el Paseo de la Estación, la estación misma, las casas que lo jalonan, el paseo de los pinos, etc.

Toda esta mobiliaria externa forjada en hierro, acompañando a piedra, ladrillo, madera de aires finiseculares, elegantes y funcionales bancos, farolillos, quioscos, los grandes edificios de primerizas estéticas en ladrillo y hierro, como la fábrica de harinas, todo, desdichado, o ha desaparecido o va sumiéndose en sopor, perdiéndose lenta pero sólidamente.

Y más, cuanto nuevo se hace, si no es un atentado al entorno es poco menos que irreflexivo para con la tradición, para con aquellas cosas tan nuestras, ni mínimo homenaje le brindan. Y no es que cuanto nuevo se haga, avenidas, calles, jardines, fachadas, ventanas, rejas, patios, etc..., tenga que ser respetuoso con una tradición que estamos perdiendo, no, es que no se hace nada por recuperar, renovar o replantear fenómenos estéticos, culturales y folclóricos "autóctonos"; esto es lo preocupante.

Porque además, como Manzanares es irrespetuoso con sus propios símbolos de progreso, esas avenidas, esas fachadas, esas ventanas, esos jardines, pasarán sin pena ni gloria al saco del olvido, sin dejar nada. La única conclusión posible será decir que Manzanares ha sido y será un pueblo ingrato con sus raíces.

Un pueblo que tiene tan estima a su pasado, es lo más parecido a una balsa a la deriva, llevada por la corriente allá donde van las cosas sin arraigo. El verdadero progreso permite "ir y venir", viajar a contracorriente, esquivar los golpes de furibundas olas...

M. GALLEGO A.